

La educación no discrimina

Cynthia Alejandre

En mis primeros recuerdos de mis padres, siempre los veo trabajando. Tal vez fue la falta de dinero para una niñera que hizo necesario que los acompañara, pero yo estaba allí cuando lavaban y doblaban toallas en el *country club* o marinaban fajita en la carnicería. Aunque no pude jugar con el *Nintendo* en la casa como todos los otros niños, me considero privilegiada por haber sido testigo del trabajo de mis padres. Ver su batalla diaria para poder sobresalir en la “Tierra de la oportunidad” ha grabado en mí la importancia de echarle ganas al trabajo, la perseverancia y la responsabilidad.

Mis padres nacieron en México. Aunque mi madre es de una ciudad chica y mi papá es del rancho, ellos comparten niñeces y adolescencias semejantes. Los dos vienen de una familia de diez hijos, y como resultado estaban en competencia constante con sus hermanos por los pocos recursos que sus padres podían proveer. Su educación fue limitada porque necesitaban ayudarlo a su familia con dinero. Con mucha frecuencia mi mamá me dice de su primer trabajo a los diez años lavando platos para una señora que vivía en la colonia. Así es cómo pagó por sus útiles escolares. Continuó trabajando hasta su primer año en la Universidad Autónoma de Michoacán. Fue en ese punto que los costos de la escuela excedieron los ingresos que mi mamá ganaba en su trabajo de medio tiempo y que tuvo que dejar su oportunidad para el éxito en México. Mi papá no tuvo una situación mejor. Su primaria era un edificio de sólo un cuarto que era una escuela para niños de seis a doce años, y su secundaria era un internado mugriento con niños adolescentes donde les daban frijoles para comer tres veces al día. Al crecer, sus padres dependían de su ayuda para mantener el rancho pequeño en el que vivían, y la escuela dejó de tener importancia. Como consecuencia, mi papá no fue a la preparatoria.

Al darse cuenta de lo difícil que sería (y todavía es) encontrar un trabajo sin educación en México, mis padres decidieron jugarse la suerte en los Estados Unidos. Los dos se conocieron trabajando en un *country club* de San Diego, California. La ciudad fronteriza era el hogar del famoso Zoológico de San Diego, los *Chargers* y miles de otros inmigrantes ilegales en la misma situación que mis padres. Yo nací en este mundo de trabajadores aterrorizados con la amenaza perpetua de la deportación. La migra estaba en cada rincón de la calle, esperando ansiosamente atrapar a otro “delincuente.” No sabía mucho inglés, pero la primera oración completa que aprendí en el idioma fue, “*I am an American citizen*”, en caso de que estuviera separada de mis padres. Esta es la frase que fui forzada a asimilar el resto de mi niñez y adolescencia. Reprimí mi identidad mexicana por la seguridad, con la promesa de que mi país natal me daría un futuro mejor si dejaba mis raíces en la frontera.

Mi historia es una del trabajo. Desde los trabajos de mis padres a mis propios en la escuela, aprendí de la separación de las clases, el premio de la educación y el conflicto de dos mundos que no son tan diferentes como tantos piensan.